

La historia perdida : lecturas de los años setenta en la Argentina contemporánea

Autor(en): **Moreira, Alejandro**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales**

Band (Jahr): - **(2009)**

Heft 13-14

PDF erstellt am: **12.07.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-1047365>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

La historia perdida. Lecturas de los años setenta en la Argentina contemporánea

Alejandro Moreira

Universidad Nacional de Rosario

Cuanto más la transmisión tome en cuenta la situación nueva, menos será una pura y simple transposición del pasado y más podrá inscribir al sujeto en una genealogía de vivientes a fin de realizar, no un recorrido circular alrededor de un enclave petrificado, sino un trayecto susceptible de crear un campo de afluencia, un delta en donde se articulen culturas heterogéneas que se revitalicen mutuamente.

Jacques Hassoun (*Los contrabandistas de la memoria*)

NI MUERTOS NI VIVOS: DESAPARECIDOS.

Primero, recapitulemos la larga lucha por los derechos humanos en la Argentina a lo largo de los últimos treinta años: contra todos los esfuerzos de militares, partidos políticos mayoritarios y del propio Estado, las demandas relativas a las violaciones de los derechos humanos continuaron ocupando un lugar central en el debate social y político del país. Por obvia esa persistencia no deja de ser sorprendente y al respecto importa observar que esa lucha ha sido impulsada por grupos minoritarios con una limitada capacidad de presión sobre el Estado; asimismo, es necesario recordar que la población ha dado su apoyo electoral a partidos que, en los hechos, se desentendían o expresamente descalificaban esas reivindicaciones; (leyes de impunidad sancionadas por el parlamento argentino durante el gobierno de R. Alfonsín; indultos a los ex comandantes de las Fuerzas Armadas y a los líderes de las organizaciones guerrilleras, dictados por el presidente C. S. Menem).

A pesar de todo ello, el movimiento por los derechos humanos permaneció vigente y logró prevalecer sobre las condiciones del

© *Boletín Hispánico Helvético*, volumen 13-14 (primavera-otoño 2009).

sistema político. No obstante aquellos indicadores que habitualmente determinan lo que es «políticamente factible», la lucha contra la impunidad pudo sobrellevar todas las adversidades a lo largo de un cuarto de siglo; más bien se diría que dichos indicadores la vuelven ilegible: a esas reivindicaciones nadie las vota, nadie las representa, no pueden incluirse dentro de lo que es estatalmente practicable. En otras palabras: de haber sido por las benditas encuestas de opinión que guían la política contemporánea esos reclamos tendrían que haberse diluido en su propia imposibilidad. Ocurrió lo contrario: si no puede hablarse en rigor de un triunfo, no hay dudas de que ese movimiento, que es el de una esperanza que no se ha sometido a ningún imposible, produjo y sigue produciendo efectos políticos decisivos, de los que ya nadie puede sustraerse. La lucha encabezada por los organismos de derechos humanos desde 1977 hasta el presente es un ejemplo acabado de un fenómeno inédito: el de la constitución de una política que se opera con independencia respecto del Estado y que logró resistir tanto los embates del terror militar como la complicidad con los represores –disfrazada de razón de estado– que promovieron los gobiernos constitucionales.

Observemos entonces que, pese a no haber cesado en su empeño, ni las fuerzas armadas ni los posteriores gobiernos democráticos consiguieron instaurar un discurso que diera fin a la historia de la represión política en el país. Todos esos intentos, que infructuosamente buscaron hacer del pasado reciente un territorio extraño y lejano, se sustentaban en una premisa, a saber, que el paso del tiempo traería indefectiblemente el olvido. Los años de violencia política y de terror se concibieron como una alteración pasajera –una desventura– en una línea de pacífica trivialidad que definiría la historia nacional. En ese contexto, el obstáculo mayor que representaban los desaparecidos se resolvía, explícita o implícitamente, del siguiente modo: se los traducía en muertos para de inmediato enviarlos al pasado y enterrarlos en él.

Eso es, precisamente, lo que la experiencia argentina ha desmentido. Indagar las razones de este fenómeno obligaría a examinar en profundidad el estatuto del desaparecido, (cuya clave se encuentra paradójicamente en una afirmación del mismo General J.R. Videla: «ni muertos ni vivos: desaparecidos»).

Brevemente, diremos que la experiencia demostró que el desaparecido comporta tres dimensiones, a modo de índice, ícono y símbolo: en el primer caso, denuncia un crimen del pasado, en el segundo, habita como un espectro el presente articulándose con

situaciones disímiles (y albergando nuevas significaciones no necesariamente vinculadas con el terrorismo de estado), y, por último, evoca para unos y otros no ya la represión política sino el Terror en un sentido absoluto. Si en determinadas circunstancias un nivel puede primar sobre el otro, lo cierto es que es en la condensación de sus significaciones que la figura del desaparecido adquirió una fuerza de impugnación y resistencia inesperada frente a todos los intentos por consagrar la impunidad¹.

A los fines de este trabajo, el aspecto que importa subrayar radica en los efectos disruptivos que el desaparecido ha producido sobre las narrativas de clausura que se buscaron imponer. En tanto figura ligada a una ausencia ha impedido que el discurso del poder se consolidara a partir de la articulación entre muerte y necesidad, según los imperativos de un determinado régimen temporal. Ligada en principio a una situación de opresión y silencio, ha funcionado de hecho como una figura activa que lejos de sellar el pasado provoca su emergencia en el presente, y se desplaza como promesa de justicia hacia el futuro: La desaparición forzada de personas fue la trampa que los militares argentinos se cavaron a sí mismos, la de haber forjado una entidad que lejos de extinguirse con el paso del tiempo se ha revelado como el resto de la historia que no pudo ser neutralizado.

CUANDO LOS DERECHOS HUMANOS SE VUELVEN POLÍTICA DE ESTADO

Si hemos comenzado con una descripción de la gesta por los derechos humanos en las últimas décadas, es para subrayar que los términos en que ésta se desenvolvía se han visto completamente trastocados desde la llegada a la presidencia de Néstor Kirchner. En efecto, desde el año 2003, bajo la gestión del secretario de derechos humanos Eduardo Luis Duhalde, el gobierno argentino ha eliminado todas las leyes que garantizaban la impunidad a represores y torturadores y ha dado un impulso enorme a la prosecución de miles de causas judiciales, las que se sustancian en

¹ Desde otra perspectiva, pero en este mismo registro, Valeria Wagner ha señalado: «au-delà de l'espace de contestation qu'elle crée, la fiction de la disparition a une force particulière en ce qu'elle saisit et condense l'imaginaire de la perte qui a inspiré tant de penseurs: comme si la tendance à l'abstraction des humains s'était matérialisée dans les disparitions massives, geste par lequel les vainqueurs, pourtant, prétendaient immatérialiser les vaincus. Ainsi la perte, l'abstraction croissante et insensible prennent la figure du disparu, devenant visibles et concrètes en tant que perte et abstraction» (Cf. Valeria Wagner, «Médiations de la perte, dans *Respiration Artificielle* de Ricardo Piglia», *Protée*, volume 32, numéro 1.)

estos momentos. Expresión acabada de esta política, impensable algunos años atrás, fue el acto público del 25 de mayo de 2007 en el que el Presidente de la República reivindicó a la generación del setenta (en la que se incluyó), y defendió sin ambigüedades el movimiento por los derechos humanos, en un estrado en el que sólo lo acompañaban las Abuelas y las Madres de plaza de mayo. Basta considerar todo lo que las Madres de plaza de mayo implican como figura de la resistencia política del siglo XX para medir la envergadura del acontecimiento: el discurso de los derechos del hombre se ha institucionalizado en la Argentina: ahora es política de estado.

Cuando los derechos humanos se vuelven política de estado el cuadro de situación se modifica por completo. Ante los ojos de unos y otros ocurre algo inimaginable: el juicio y el castigo a los criminales; el imperio de la justicia. Se diría, sin embargo, que el precio a pagar, es, ahora sí, la clausura definitiva del pasado reciente. En otras palabras, el gesto del Presidente de la República cierra un capítulo de la historia, pero abre una paradoja, esto es, la posibilidad cierta de que el triunfo en el plano del derecho y la justicia pueda servir para consumir aquello que no lograron ni los militares ni los gobiernos constitucionales que los sucedieron: desaparecer otra vez a los desaparecidos. Desaparecerlos como singularidad pensable –como portadores de valores, prácticas e ideologías revolucionarias- al tiempo que se los erige en víctima sufriente, objeto de piedad y de compasión.

Se hacen necesarias aquí algunas distinciones: excomulgar a la corporación militar y sus aliados no implica recuperar políticamente aquella experiencia histórica para el presente. De la misma manera, reivindicar a las víctimas del terrorismo de estado no significa en modo alguno rehabilitar (o siquiera indagar) el sentido de sus vidas, es decir el sentido de su militancia: sus utopías, sus apuestas, sus desatinos, sus fracasos. El horizonte con que nos enfrentamos es el siguiente: la saga de la generación de los 60/70 puede volverse objeto de conmemoración y sus acontecimientos relevantes otras tantas efemérides de la historia patria, precisamente porque sus efectos sobre el presente se saben y se quieren nulos.

Precisemos entonces el problema que convoca a este trabajo: hubo en este país, en los años sesenta y setenta, un enorme movimiento político y cultural de impugnación al orden vigente. Empero, todo ello no dio lugar a un memoria que estuviera a la altura de tales circunstancias. La dictadura militar cerró ferozmente

aquel ciclo, y si podía esperarse que el reestablecimiento de la democracia abriera el diálogo entre las generaciones del pasado y las del presente, ello no ocurrió, o en todo caso ocurrió tardía y parcialmente. Estamos tentados a afirmar que un pedazo de la historia se desvaneció sin dejar rastros, pero lo cierto es que sabemos que ese pasado está allí, sólo que no encontramos las palabras para aferrarlo.

EL PASADO RECIENTE, ENTRE LA NOSTALGIA Y EL OLVIDO

Si indagamos la reconstrucción de los años sesenta y setenta, la represión y el terror militar, en el discurso de los intelectuales y de la izquierda tal como se ha forjado a lo largo de las últimas décadas, podemos delinear, a efectos analíticos, dos grandes vertientes²:

En primer lugar, desde las izquierdas político partidarias en sus diversas ramas, la posición que intenta, sin más, reproducir en el presente la experiencia del pasado. Ello se traduce en un esfuerzo de supervivencia de la cultura de los '70, esfuerzo que intenta preservar del olvido la secuencia abierta por el levantamiento popular conocido como el *Cordobazo* (1969) y las vivencias de aquellos militantes. Carcomida por la nostalgia, en nuestra perspectiva esta posición confunde muchas veces fidelidad militante (es decir la actualización en contextos diferentes de luchas pretéritas), con obediencia (entendida como la repetición inocua de políticas y representaciones del mundo pasadas). Se quiere volver a un lugar, pero ese lugar ya no existe.

En segundo lugar, la posición que llamaremos «progresista», forjada principalmente desde el campo intelectual. Ella se expresa en la ideología de los derechos humanos tal como se condensó en el informe de la Comisión Nacional de Desaparición de personas conocido como *Nunca Más*, en el primer momento de la transición post-dictatorial. En este caso, la reconstrucción del pasado encierra un juicio terminante sobre el terror militar y busca convertir el

² Debe advertirse por tanto que no es nuestra intención abordar el fenómeno de lo que en un sentido amplio podríamos llamar la memoria colectiva sobre el período (tema ciertamente complejo: la imagen que supone la existencia de una sociedad que unánimemente condena los crímenes militares y lucha por la verdad de su pasado es tan atractiva como indemostrable). En esta ocasión, nos ceñiremos al estudio de un campo específico que en buena medida remite al ejercicio de introspección que una generación –la generación de los años '70- ha realizado sobre su propio recorrido.

recuerdo de aquellos crímenes en el núcleo de una nueva cultura ética democrática, pero deja un vacío –un olvido– en el examen de experiencia de los '70, o en todo caso la vuelve una categoría de lo impensable. Lo que importa en todo caso es que lo que ocurrió no vuelva a ocurrir. Por ese camino, los derechos humanos concluyen por convertirse en una de los pilares del «consenso democrático» entendido de la peor manera: el realismo político sustituirá a las utopías del pasado –utopías que en última instancia sólo condujeron a una catástrofe.

Nuestro análisis pondrá el acento en los presupuestos que subyacen en la segunda de éstas perspectivas, la particular configuración del pasado que de allí deriva y fundamentalmente sus efectos políticos en el presente. Esta decisión se justifica en tanto se trata no sólo de la posición hegemónica en el campo intelectual y académico, en ese vasto y ambiguo universo que en la Argentina se llama «progresismo» político/cultural, o en los medios de comunicación (lo que, por cierto, le garantiza el estatuto de «sentido común»); también es ésta posición la que subyace con matices en la política del actual gobierno argentino. Ese recorrido nos llevará, por último, a meditar sobre el destino de aquella generación y a proponer algunas ideas que nos permitan entrever otra nueva forma de construcción de la memoria, más allá de la nostalgia y el realismo³.

CLAUSURAR EL PASADO

«Algunos de los intelectuales que en los años setenta contribuyeron a la densa trama de las políticas revolucionarias, en los ochenta descubrieron, con igual fervor y obsecuencia, las panaceas del orden democrático y la necesidad de adaptarse a las exigencias inexorables del mercado mundial

R. Foster, (Crítica y sospecha)

1) El gesto intelectual que llamamos progresista compone todos los elementos del dispositivo vanguardista, sólo que se trata de una vanguardia profundamente antiheroica. ¿Qué nos dice ese modelo frente a la historia argentina reciente?: Dado que toda

³ Este trabajo se asienta en un escrito titulado “Los usos de la memoria” de Ricardo Foster, incluido en *Crítica y sospecha. Los claroscuros de la cultura moderna*, Paidós, Bs As, 2003; y en el escrito de Manuel Nuñez, *Vuestros años ochenta* (mimeo, tesis de licenciatura, Escuela de Historia, Universidad Nacional de Rosario, 2005). De suma utilidad ha sido el libro de Alejandra Oberti, Roberto Pittaluga,

empresa por forzar la historia y construir el socialismo llevó al totalitarismo de izquierda por decantación (las guerrillas mesiánicas y una cultura política insurgente signada por el paradigma de la guerra⁴), o bien al totalitarismo de derecha por reacción (el golpe militar, la dictadura, la represión), la única alternativa política realista es la consolidación de una cultura democrática, cuya condición ineludible es, como se ha reiterado hasta el hartazgo, la «cicatrización de las heridas del pasado», es decir, sencillamente, el olvido.

He aquí el gesto que acompaña y expresa de manera implacable el paso del intelectual ligado a las masas de los años sesenta y setenta al profesional de las ciencias sociales de los ochenta. Así, desde la trascendencia del imaginario liberal-democrático se conjuran los excesos de aquel pasado que los tuvo como protagonistas, levantando un muro de silencio, al tiempo que se inhibe cualquier política emancipadora para el presente. En este caso, la estrategia (exitosa) ha consistido en reducir el examen de una enorme experiencia social y política a crítica de la violencia política. Una operación, en definitiva, que hizo del fracaso político de aquella generación de los sesenta-setenta una capitulación del pensamiento para las generaciones que la sucedieron.

2) Ahora bien, lo que importa poner de relieve es que el modelo que hemos llamado progresista se ha vuelto hegemónico no tanto por la solidez de sus premisas sino por su íntima vinculación con el paradigma de los derechos humanos tal como se forjó desde la dictadura militar. La solidaridad de ambas argumentaciones pone en una situación francamente incómoda cualquier intento de lectura crítica como la que aquí intentamos.

Apelaremos entonces al libro *Pasado y presente*, de Hugo Vezzetti, –síntesis de esta corriente– a efectos de precisar los elementos básicos del problema que nos convoca:

«Si el Juicio (a las Juntas militares durante el gobierno de Raúl Alfonsín) operaba un cambio profundo en las significaciones de ese escenario anterior, lo hacía trastocando la visión básica de esos enfrentamientos: ya no guerra (revolucionaria o antisubversiva) sino crímenes, víctimas y victimarios. Se instalaba por primera vez

Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia, Ediciones El cielo por asalto, 2006. Por último, nuestra perspectiva reconoce como fuente de inspiración lejana pero poderosa, las reflexiones del filósofo español Manuel Cruz, tal como se exponen en *Filosofía de la historia*, Paidós, Barcelona, 1996.

⁴ Pionero de esa posición fue el libro de Claudia Hilb y Daniel Lutzky: *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (política y violencia)*. Bs As, CEAL, 1984.

en la Argentina la idea, la evidencia puede decirse, de que los delitos perpetrados desde el Estado habían sido crímenes contra la humanidad, y esa proyección de la experiencia argentina a una dimensión universal, en la saga de las «masacres administradas» del siglo XX encontraba necesariamente la figura del Holocausto como representación de un límite que se situaba más allá de toda explicación»⁵.

La cita conjuga dos elementos claves de esta argumentación: el eclipse de la teoría de «los dos demonios», en favor de la lectura del proceso como violación de los derechos del hombre, y, consecuentemente, su ubicación en el horizonte de la realidad concentracionaria del siglo XX, en tanto crímenes contra la humanidad.

En efecto, desde su emergencia, bajo la dictadura militar (1976-1983), las prácticas de las mayorías de las organizaciones de derechos humanos reforzaron el carácter de víctimas de aquellos que sufrieron el terrorismo de estado en desmedro de su carácter de militantes políticos, en ciertos casos de organizaciones armadas. Al respecto, es interesante observar que ya hacia 1979 se produjo un debate entre los exiliados argentinos en México en torno a la manera de nombrar a Rodolfo Walsh—uno de los grandes escritores argentinos del siglo XX, desaparecido en 1977—: si como intelectual perseguido, o como militante—en grado de «oficial»— de la organización guerrillera Montoneros. Lo cierto es que las estrategias de denuncia contra el gobierno militar obligaron a una suerte de amputación de los orígenes de los miembros de aquella generación. Las consecuencias fueron observadas con crudeza por Nicolás Casullo en un artículo escrito en la revista *Confines* en 1996: «Comprendí que tenían razón: que eso era lo necesario y lo trágico. *La memoria que quedaba por delante, gigantesca, la de muertes y muertes sólo podría parirla la maldición de un olvido, el de nuestros viejos rostros y viejas palabras.* Ya no podíamos con el pasado, contarlo. Ya ni siquiera éramos el relato moribundo...»⁶.

Tal movimiento se acentúa durante la primera época post-dictatorial. Frente a las urgencias que impone la impunidad—impunidad, recordemos, fomentada en buena medida por el propio Estado— el esfuerzo consistió entonces en inscribir el accionar de las Fuerzas Armadas como crímenes contra la humanidad.

⁵ Hugo Vezzetti, *Pasado y presente, Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Siglo XXI, Bs As, 2002, op.cit., p. 46.

⁶ La cita de N.Casullo puede leerse en Alejandra Oberti, Roberto Pittaluga, *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*, Ediciones El cielo por asalto, 2006, pág. 67. (Las cursivas son nuestras).

Crímenes, por lo tanto, imprescriptibles. Precisamente, es a partir de ese reclamo de justicia que se impone la perspectiva del derecho, lo que a su turno provoca el eclipse de la dimensión histórica. Como indicáramos, en ese esquema el desaparecido remite a la figura de la víctima; cualquier otra connotación queda por definición excluida.

Cuando, recientemente, la figura moral de la víctima comience a ser revisada por evocaciones disímiles que buscan exaltar o simplemente recuperar ciertas imágenes y sentidos de la militancia revolucionaria, advertiremos la respuesta alerta de los cultores de la mirada hegemónica que intentarán un último borramiento del pasado, como veremos de inmediato .

2) Desde fines de la década de los '90, han visto la luz una llamativa cantidad de trabajos sobre el pasado reciente. En su mayoría se trata de relatos en donde la vertiente biográfica ocupa el centro de la escena, en desmedro de cualquier visión globalizante. En el caso de la producción universitaria, este género testimonial encuentra un aliado de peso en el auge de la historia oral –que le brinda una discursividad calificada-, pero lo cierto es que se trata de un fenómeno que excede en mucho el ámbito de especialistas para proyectarse hacia un público masivo. De modo que ya es posible hablar de un mercado editorial en torno a la bibliografía setentista cuyo significativo articulador siguiendo una corriente mundial es, obviamente, el género «memoria».

Algunos analistas han señalado, con razón, que esta inflación de la memoria, inevitablemente inmersa en la nostalgia, acompaña el retiro de la política en nuestro presente y, en ese sentido, exacerba todavía más la «museificación» del pasado. Pero también es cierto que esta forma de reconstrucción testimonial tiene el mérito de restituir la voz de aquellos protagonistas, y por diversos caminos obliga a confrontarse con fragmentos del pasado. En suma, algo de aquella experiencia política se vuelve presente y por un momento el sobreviviente abandona su función de víctima para recuperar la figura –ahora tan lejana- del militante⁷.

Se dirá que no es mucho. Lo suficiente, sin embargo, para percibir el abismo que media entre el pasado y el presente y por allí entrever a contrapelo la posibilidad de otra escritura de la historia. En franca oposición, la lectura hegemónica intentará conjurar dicha posibilidad postulando la necesaria escisión entre experiencia

⁷ Ejemplo inicial de este género, fue el film de Eduardo Blaustein, *Cazadores de utopías*, Argentina, 1995.

e historia. Volvamos una vez más sobre *Pasado y Presente*, de Hugo Vezzetti .

Luego de señalar que la memoria es una construcción siempre retroactiva y por lo tanto cambiante, una forma de acomodar el pasado al presente, Vezzetti nos previene:

«El problema es otro cuando se busca investigar y producir un conocimiento histórico sobre ese pasado (algo que prácticamente no ha sido hecho), es decir una producción *mediada, regulada, justificada y comunicable*. En ese caso el objeto de conocimiento exige una prevención crítica frente a la materia frágil de la memoria y éste es el límite mayor de muchas de las reconstrucciones más o menos ficcionales aportadas por quienes fueron protagonistas y ofrecen su propia participación en los hechos que narran como una garantía de verdad. Frente a las expresiones de una memoria testimonial, plenamente confiada en la clarividencia de los actores y la transparencia de los testimonios, vale la pena insistir en que los acontecimientos del pasado son opacos y mucho más cuando se trata de cernir su impacto sobre el presente. De modo que si de saber histórico se trata, es imperativo buscar sus principios de inteligibilidad más allá de la conciencia de sus actores»⁸.

El enunciado es tan claro que nos ahorra mayores comentarios. Frente a la perturbación que acarrea la multitud de testimonios – testimonios, para peor, difíciles de acallar-, se postula como alternativa excluyente una historia objetiva, es decir un discurso con un estatuto de verdad social e institucionalmente validado. Puede que el diagnóstico de Vezzetti no sea incorrecto, sólo que la solución que encuentra es por cierto la peor. Se hace necesaria, sin duda, una historia, pero no justamente la que se trasluce en la cita porque ésta sólo puede conducir a resolver una tragedia histórica en enciclopedia.

El gesto se completa con el libro de Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado*⁹, cuyo objetivo expreso es cuestionar «la transformación del testimonio en un ícono de la Verdad o en el recurso más importante para la reconstrucción del pasado». La autora traza un cuadro preciso de las condiciones del capitalismo tardío que hace posible el giro subjetivo tanto en la producción académica de las ciencias sociales como en las variantes comerciales. En ese sentido, su examen se revela pertinente para muchos campos disciplinarios,

⁸ Hugo Vezzetti, *ibid.*, pág. 46. (Cursivas mías).

⁹ Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado, cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Siglo XXI, Bs As, 2005.

pero no, precisamente, para el que nos convoca. Como si Sarlo olvidara que se trata de un pasado del que unos y otros han tratado de huir demonizando su memoria.

La estrategia de Vezzetti/Sarlo es análoga (y suscita por tanto los mismos reparos) que la sostenida recientemente por Pierre Nora. Confrontado con el fenómeno de la dispersión de las memorias (reivindicadas por los colectivos e identidades más diversos), en perjuicio de un relato único ofrecido por la historia nacional, la salida del eminente historiador francés consiste en separar taxativamente memoria e historia, para atribuirles platónicamente los rasgos de la doxa y de la episteme. Los resultados son previsibles: «La memoria depende en gran parte de lo mágico y sólo acepta las informaciones que le convienen. La historia, por el contrario, es una operación puramente intelectual, laica, que exige un análisis y un discurso críticos. La historia permanece; la memoria va demasiado rápido. La historia reúne, la memoria divide»¹⁰.

Lo que se pone de manifiesto en el caso de Pierre Nora es una forma de nostalgia: la nostalgia de aquel mundo en que la corporación de los historiadores detentaban el monopolio de la historia y en el que todos los niños de Francia recitaban «nuestros ancestros los galos»; un mundo, hemos de creer, mejor que el que nos toca. En lo que respecta a Vezzetti/Sarlo nos encontramos ante la última secuencia de una larga operación de clausura de la historia argentina reciente que –advertamos– puede sostenerse mediante premisas «izquierdistas» pero cuyos resultados son profundamente reaccionarios. En suma, lo que ambas obras buscan regular es un sentido que determinase lo que es un discurso historiador legítimo, cuyos portadores no son ya, como en el pasado, una vanguardia intelectual sino una elite profesional. En otras palabras: la historia (y sus procedimientos científicos) concebida como ente fiscalizador de los testimonios públicos.

Como es evidente, los argumentos que hemos bosquejado son endeble. Sin embargo, tal debilidad teórica no implica que la lectura progresista haya perdido vigencia, más bien lo contrario: si en un primer momento habíamos visto que ésta se conjugaba particularmente bien con el paradigma de los derechos humanos, en este último caso no caben dudas que los argumentos de Vezzetti/

¹⁰ Nora, Pierre, artículo publicado bajo el título “No hay que confundir memoria con historia”, publicado en el diario *La Nación*, 15/03/2006. (Los propósitos de Nora son comentados por Paul Ricoeur, en *La memoria, la historia, el olvido*, FCE, Bs As, 2004).

Sarlo son los que mejor se adecuan con la figura del Estado, (y sus eventuales estrategias).

3) A principios de 2003, Ricardo Foster advertía: «la historia argentina, especialmente la reciente, (...) corre el riesgo de la santificación o del museo»¹¹. Aludía de ese modo a los dos gestos que hemos señalado en páginas anteriores: por un lado, la nostalgia; por otro, el distanciamiento.

Lo que no podía preverse entonces es el giro radical que han tomado las cosas desde la llegada al poder del Presidente Nestor Kirchner. Cuando la larga lucha por los derechos humanos se vuelve política del estado se abre la posibilidad cierta de que posiciones en principio excluyentes como las mencionadas más arriba, lejos de excluirse, se articulen mutuamente. En buena medida la política del actual gobierno se asienta en esa particular configuración de contornos movedizos y cambiantes. Si sería exagerado hablar de santificación, no hay dudas que el discurso presidencial contribuye a dotar a aquella época de rasgos míticos, pero en el mismo movimiento la ubica en un pasado cuyos hilos con el presente se pierden definitivamente. He aquí en ciernes una forma de escritura de la historia, fomentada por el Estado, que condensa fragmentos de discursos disímiles y que sin dificultades podría hacer suyo el reclamo de Vezzetti: una historia mediada, regulada, justificada y comunicable, para la instrucción cívica de las futuras generaciones.

Debemos subrayar que en nuestro caso no se trata en modo alguno de menospreciar la inaudita determinación con que el Presidente ha zanjado una larga lucha: por primera vez en la historia argentina el Estado se expresa a favor de la justicia y en contra de la impunidad. Es incorrecto (y aun indigno) desconocer la relevancia de la decisión de enjuiciar a los culpables de crímenes contra la humanidad –decisión que reconoce pocos antecedentes en el mundo contemporáneo, tanto más si se tiene en cuenta que el juicio y el castigo a los responsables no es un hecho consumado y se encuentra más bien sujeto a la férrea y oscura oposición de la derecha en sus múltiples formas. En este campo conviene precaverse de optimismos rápidos y recordar con Andrés Rivera. «A 30 años del 24 de marzo de 1976, el fascismo aguarda su turno. (...) Y entrará en acción, cuando el capitalismo suponga que su poder está en riesgo. Entonces el fascismo cruzará el umbral y exigirá ley y orden»¹².

¹¹ Ricardo Foster, *ibid.* pág. 56.

Empero el problema que ubicamos como punto de partida permanece como tal, vigente: Vanguardias políticas armadas y desarmadas, manifestaciones multitudinarias, una cultura de izquierda en su apogeo: todo ello no se tradujo en una memoria que enlazara aquel pasado con nuestro presente, se diría que todo ello desapareció sin dejar rastros. Convendría en este momento disipar una confusión habitual, y preguntarse si la derrota actual de la impunidad implica, efectivamente, el fracaso histórico del proyecto militar.

PENSAR LA HISTORIA

Después se puso un par de lentes redondos, sin montura y empezó a leer. La capacidad de pensar la realización de su vida personal en términos históricos, lee Tardewski la frase de Le Roy Ladurie anotada en su cuaderno de citas, fue para los hombres que participaron en la Revolución Francesa tan natural, como puede ser natural para nuestros contemporáneos, cuando llegan a los cuarenta años, la meditación acerca de su propia vida como frustración de las ambiciones de juventud.

Ricardo Piglia, (*Respiración artificial*)

1) El conjunto de representaciones que hemos bosquejado en las páginas anteriores constituyen dispositivos de lectura diferentes que sin embargo coinciden en un punto: todas contribuyen no a rehabilitar el pasado sino a borrar sus huellas en nuestro presente.

En la vereda opuesta, la posición que defendemos en este trabajo busca rescatar aquella experiencia, salvarla en serio del olvido al que la condenan las operaciones de clausura, operaciones que, como hemos indicado, desaparecen nuevamente a los desaparecidos al tiempo que los erigen en víctimas sufrientes. En nuestro caso, historizar los setenta significa indagar sin complacencias los contenidos de una apuesta revolucionaria, y no tratar a sus militantes como ingenuos, ni como idiotas trasnochados, pero tampoco como héroes.

Esta empresa obligará a trabajar sobre dos planos, a efectos de concretar una interpretación crítica del pasado de las izquierdas que la configure como legado. Ello supone en primer término

¹² Andrés Rivera, «El fascismo aguarda», en *Ñ, Revista de cultura*, (número especial, «A treinta años del golpe militar. La cultura herida»), sábado 18 de marzo de 2006, *op. cit.*, pág. 19.

substraer las experiencias políticas de sus representaciones instituidas o en otras palabras singularizar las prácticas que definen a aquella generación –una generación que, como la del epígrafe de Ricardo Piglia, pensaba sus vida en términos históricos: otra manera de mostrar no ya la evidente alteridad del pasado sino más exactamente la radical contingencia de nuestro presente.

En segundo lugar se impone abandonar las identificaciones acríicas, eludiendo la transmisión entendida como mandato en la que se empeñan infructuosamente las corrientes nostálgicas; como señala Jacques Hassoun se trata de «Desprenderse de la pesadez de las generaciones precedentes para reencontrar la verdad subjetiva de aquello que verdaderamente contaba para quienes, antes que nosotros, amaron, desearon, sufrieron o gozaron por un ideal, ¿no es lo que podemos llamar una transmisión lograda? ¿Acaso ahorra un sufrimiento ser a la vez diferente y parecido?»¹³

En suma, el gesto que se impone no el registro ciego del abandono ni tampoco el de la conservación, sino el de mantenerse subjetivamente en otro lugar, a efectos de realizar un balance activo de la experiencia y forjar otra memoria. Ocurre que ese otro lugar es un sitio hoy inhabitable: quienes pertenecemos a las generaciones posteriores a la de los sesenta/setenta nos hemos quedado sin reparos, y, por diferentes razones, no encontramos las palabras para pensar la historia.

Existen de todas maneras otros relatos que a modo de indicios permiten comenzar a construir con otros materiales un nuevo territorio¹⁴, pero éstos no alcanzan todavía a condensarse en un patrón de lectura, es decir una contramemoria que dispute la hegemonía de las visiones del pasado dominantes. Por esa razón, la primera persona del plural que utilizamos en este trabajo es,

¹³ Hassoun, Jacques, *Los contrabandistas de la memoria*, Buenos Aires, La Flor, 1996. pág. 178.

¹⁴ A título de ejemplos, mencionaremos tres lecturas del pasado muy distintas entre sí, para poner de manifiesto que, a su manera, cada una compone una mirada alternativa a los modos hegemónicos de pensar la historia argentina reciente. De tal manera, contra la distancia mortal que la mayoría de los intelectuales argentinos han establecido sobre la experiencia de los sesenta/setenta, autores como Horacio González y Nicolás Casullo han convocado a sus antiguos compañeros no a renegar del pasado sino a pensarlo de otro modo incorporando en ese examen una dimensión trágica -una mirada que, lejos de anonadarse frente a lo acontecido en una época de excepción, se hace cargo de aquél pasado y lo trasunta no ya en autocrítica paralizante sino en autocomprensión. Cf. Horacio González, «La bengala perdida», en *La izquierda y la Tablada* (compilación de Alberto Kohen y Rodolfo Mattarollo), Ediciones Cuaderno de Ideas, marzo de 1989; cf. asimismo Nicolás

más que nunca, un concesión a las premisas del discurso académico: ese nosotros sencillamente no existe.

POR OTRA POLÍTICA DE LA MEMORIA

Reiteremos, por última vez, la premisa que atraviesa nuestra argumentación: el reestablecimiento de la democracia en Argentina no favoreció el enlace entre las generaciones del pasado y las del presente, contra lo que pudo pensarse ese diálogo no ha tenido lugar. Nos enfrentamos aquí con un límite ciertamente trágico: quienes fueron protagonistas de aquella generación ya no podrán sortear el muro de silencio que pesa sobre el pasado, sobre su propio pasado¹⁵. Lo que se ha perdido, en fin, es la relación crítica con la experiencia de los años sesenta/setenta.

El vacío que signa nuestra contemporaneidad reclama la emergencia de una nueva generación, conformada no ya por quienes comparten una misma cronología sino un mismo pensamiento. Tal parece ser la condición para construir una narración del pasado argentino, que logre aprehender aquella experiencia revolucionaria y la transmita al futuro.

Casullo, «Memoria y Revolución», en Revista *Lucha Armada en la Argentina*, año 2, n° 6, Buenos Aires, 2006). Contra los reparos que suscita la reconstrucción testimonial, puede mencionarse los tres volúmenes que componen *La Voluntad* de Martín Caparros y Eduardo Anguita –obra que permite atisbar aquellos que Hassoun llama la «verdad subjetiva» de aquella generación argentina, (Cf. Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, 3 tomos, 1999). Por último, contra la transmisión de la memoria como mandato, se destaca el reciente, y polémico, film *Los Rubios* (Argentina, 2003) con que Albertina Carri recuerda a su padre desaparecido.

¹⁵ Apelaremos a un comentario de Arturo Ripstein que pone en evidencia todo lo que esta situación tiene de tragedia y nos recuerda que, en efecto, el tiempo es la inhabilidad de la verdad para coincidir consigo misma. En abril del 2005, el director mexicano presentó en Cannes su film documental *Los héroes y el tiempo*: décadas atrás había entrevistado en la cárcel de la Ciudad de México a cuatro guerrilleros a quienes vuelve a reencontrar en el presente, cuando los sueños revolucionarios se han desvanecido. Entrevistado sobre sus héroes, Ripstein afirma: «La diferencia fundamental es que cuando yo los conocí en los '60, a pesar de estar en la cárcel, eran triunfadores. Treinta años después, cuando están libres, son derrotados». De inmediato, Ripstein vuelve más complejo el cuadro: «Es muy curioso, porque cuando cambias de ideas y de pareceres, el precio a pagar es enorme, sobre todo cuando formas parte de un movimiento político. Si yo pensara lo mismo que hace treinta años, sería una extraña forma de fosilización. Pero desde el momento en que cambias de ideas, si has tenido compromiso político, lo que haces es enfrentar una realidad muy tangible, concreta y dolorosa, que es la de la derrota». (Luciano Monteagudo, *Entrevista a Arturo Ripstein*, en www.pagina12.com.ar, 2 de agosto de 2006).

Esta nueva perspectiva requiere afirmar el presente. Como lo indica Todorov, el trabajo del historiador en este caso «no consiste simplemente en establecer los hechos sino también en escoger los más sobresalientes y significativos y ponerlos en relación unos con otros; ahora bien, este trabajo de selección y de combinación está necesariamente orientado a la búsqueda no de la verdad sino del bien. La opción no se producirá entre la ausencia o la presencia de un fin exterior a la investigación misma, sino entre fines diferentes; no entre la ciencia y la política sino entre la buena y la mala política»¹⁶.

La cita de Todorov nos sitúa frente a uno de los movimientos que se trasunta en los mejores trabajos contemporáneos sobre el tema: el que hace de la historia una categoría interior de la política. En ese caso, la historia no es una invariante de las sociedades que puede aprenderse siguiendo determinadas reglas o métodos, la historia es una de las formas en que se subjetiva una secuencia política, es decir la manera cómo se construye el sentido temporal de una apuesta política, en este caso de nuestros años setenta. La fuerza de esta inversión radica en que golpea el corazón mismo de la estrategia que hemos denominado progresista. En efecto, el procedimiento del grueso de los intelectuales ha consistido en ligar un hacer situado históricamente con un determinado imaginario que signaría y daría en última instancia sentido a la época. Puesto que el imaginario ha sido totalmente deshecho (se sabe que ya nadie podría sostener sin caer en la farsa los argumentos, ni las consignas de los setenta) va de suyo que las acciones que allí se produjeron quedan inscriptas, y por tanto descartadas, como producto de ese mismo imaginario: de ese edificio derrumbado nada queda por salvar. He aquí la clave de la operación estatal/historiadora que vemos consumarse ante nuestros ojos: la saga de una generación revolucionaria se vuelve una secuencia más (en este caso luctuosa) de la historia nacional.

Por el contrario, pensar la historia como categoría interior de la política consiste en singularizar las prácticas, es decir sustraer las experiencias políticas del pasado de sus representaciones instituidas para hacer de ellas objetos de pensamiento que abran a su recuperación contemporánea; (en tanto doctrina el marxismo, es cierto, agoniza. Bien, ¿diremos entonces que los ensayos de autogestión obrera de grandes empresas fabriles de las décadas del sesenta y setenta fueron otros tantos desatinos, actos

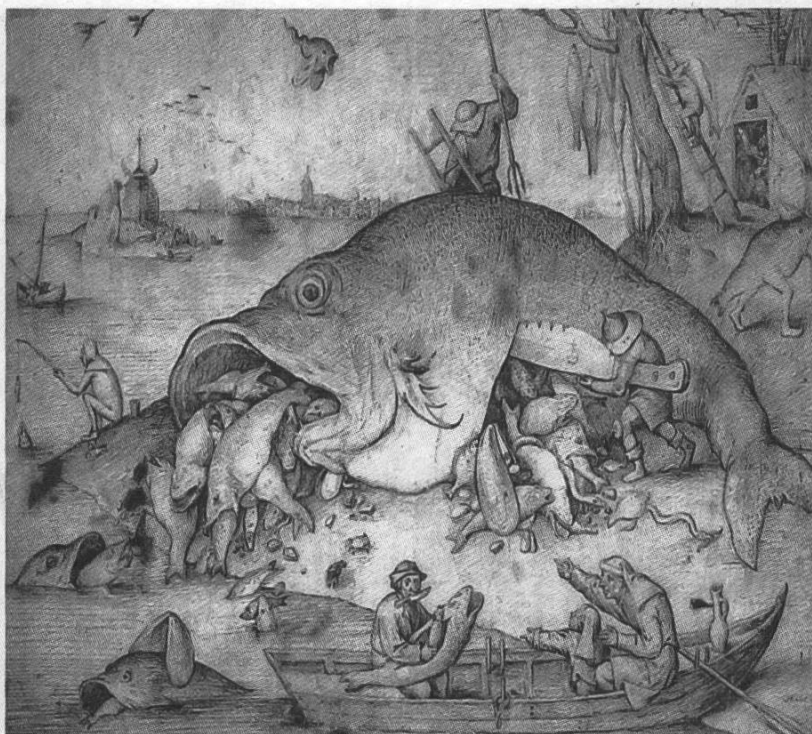
¹⁶ Todorov, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, Paidós, Barcelona, 2000, pág. 49.

condenados al fracaso y al olvido?) . Desde esta perspectiva, la piedad con las víctimas de la que hablábamos al comienzo del texto adquiere toda otra connotación lejos del cinismo y la melancolía, para decirlo con Alain Badiou: la piedad «Reside, siempre, en la continuación de aquello que las ha designado como representantes de la Humanidad a los ojos de los verdugos».

El ejercicio que hemos intentado en estas páginas consiste en darle un rostro a una experiencia que nos golpea en el alma pero de la que carecemos de palabras para designar, porque nos hemos quedado sin legado. Sin duda, en esta lucha por la memoria –que no es más que la lucha por otro presente- se trata de que cada nueva perspectiva trace una pincelada sabiendo que ese rostro todavía permanece borroso, por momentos parece estabilizarse, por momentos se nos escapa. Aquel que cierre el cuadro constituirá en ese mismo movimiento una nueva generación que podrá entonces trazar, con la mirada en el futuro, un examen de las anteriores bajo la convicción de que todavía hay mucha realidad no consumada, muchas cosas en el mundo que aún no han acontecido.

REFRANES FAMOSÍSIMOS Y PROUECHOSOS GLOSADOS

ESTUDIO Y EDICIÓN



Hugo O. Bizzarri

Prefacio de Elisabeth Schulze-Busacker

 **ISPANICA
ELVETICA 19**